

# Presentación

Al alcanzar la revista *Diálogo Filosófico* el centenar de números parece imponerse la reflexión no solo sobre esta publicación, sino sobre las revistas de filosofía en general.

La que pasa por ser la primera revista científica de la historia llevaba el epíteto «filosóficas» en su título: *Philosophical Transactions*. Claro que en aquella época filosofía y ciencia no estaban tan delimitadas como ahora. Una misma gaceta, como el *Journal des Savants*, lo mismo acogía trabajos de filosofía que de ciencia natural.

Luego se desarrollaron revistas específicamente filosóficas. A veces de corta andadura. Pero en ellas vieron la luz trabajos que hoy son de referencia. Es el caso de *Creer y saber*, de Hegel, que apareció en el efímero *Kritisches Journal der Philosophie*, el periódico filosófico que editó con Schelling en Jena. O los trabajos de apología racional de la religión cristiana de Jaime Balmes publicados en *La Sociedad*, una revista que él mismo dirigió. En estas publicaciones se aprecia un rasgo que se mantendrá por sobre un siglo: que los mismos directores de revistas publicaban sus trabajos en ellas. Cuando se comprueba que la obra de Husserl, *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, es originalmente un artículo extenso incluido en el primer número del anuario que él fundó, *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*; cuando se comprueba además que dicho anuario con frecuencia quebrantó su periodicidad, pero que importantes obras filosóficas del s. XX fueron conocidas gracias a él –como la *Ética* de Scheler–, no cabe sino hacer el contraste con la situación actual. Las muchas restricciones que hoy atenazan a las publicaciones «científicas», desde dudosos «criterios de calidad», no hacen sino recordarnos que también en este campo está viva la distinción entre *doxa* y *episteme*.

El arte de salvar las apariencias y no desmerecer del brillo mundano pasa hoy por la consolidación de grupos perfectamente organizados para garantizar la cita recíproca, la satisfacción del baremo o el *ad maiorem mihi gloriam*, pero no la exactitud ni la verdad. Por su parte, la apelación a la amistad como base de la vida de una revista filosófica no evita abusos, ni tampoco la instrumentalización de las relaciones. Todo parece indicar que es muy difícil la invocada objetividad que todas las revistas desean.

José Luis Caballero Bono